

Lo que no se dice de la docencia

Roxana Karen García Santiago

Licenciada en Educación Primaria. Maestrante en Investigación de la Educación en el Instituto Superior de Ciencias del Estado de México (ISCEEM). roxana.garcia@isceem.edu.mx

Aún recuerdo el entusiasmo que tenía de pequeña cuando me preguntaban ¿tú qué quieres ser de grande?, y sin dudarlo decía “maestra”. Ser docente es una profesión muy noble, tierna y apasionada; pero, no siempre es color de rosa. Apenas tengo cinco años de servicio, quizá no con mucha experiencia, pero sí para percatarme que ser maestro no es sencillo; es un acto de valentía para quién lo ejerce.

Actualmente los problemas que se presentan en la escuela, inclusive los que se dan fuera de ella, señalan al maestro como principal responsable, siendo resultado de constantes ataques y críticas de medios de comunicación, autoridades, así como padres de familia, repitiendo “¿qué están haciendo los maestros?” Esto me ha generado dudas, inquietudes y sentimientos encontrados, porque a pesar de que somos parte de un proceso de formación en el alumno, tanto familia y sociedad son elementos esenciales para la educación de las futuras generaciones.

Cuando decido iniciar el camino de la docencia, sin pensarlo, me inclino por la educación primaria, siendo para mí, una de las etapas más maravillosas del ser humano, porque en ella aún se preserva la inocencia con la que cada uno de nosotros nace, además que es aquí donde el individuo se va formando con los otros.

Realicé mi licenciatura en la Escuela Normal de Ecatepec, ubicada en el Estado de México, me sentí afortunada cuando logré ingresar, ya que sólo se aceptaban veinte estudiantes por licenciatura. Durante la carrera y quién se desempeña como docente en formación, compartirá conmigo que es una etapa donde uno busca dar lo mejor de sí, uno se siente motivado, creativo, contento, entusiasta para diseñar

estrategias que sean de interés para los niños, se busca tratar de solucionar situaciones de conflicto, en pocas palabras querríamos tener una varita mágica para que todo saliera bien.

Durante mi proceso de formación se acercaron maestros y familiares que me decían: “segura, que quieres seguir en esto”, “ahorita tienes la energía, más adelante ni vas a aguantar a los niños”, “yo que tú, me saldría a buscar otra carrera”. A pesar de estos comentarios, era consciente de mi vocación, que no lo iba a dejar, pensaba que conservaría parte de mi esencia para que mis clases siempre continuaran atractivas, divertidas, así fueran siempre recordadas por mis estudiantes.

En el año 2017 obtengo mi plaza base en una primaria del municipio de Ecatepec, lloré de emoción porque por fin alcancé mi sueño de ser maestra, recuerdo la energía y las ganas de comenzar el ciclo escolar, tenía ideas en mi cabeza que ya quería poner en marcha, también curiosidad de qué grado sería el que atendería, cuál sería mi salón y cómo serían mis estudiantes, me sentía muy feliz de iniciar este modo de vida dentro de la escuela.

Al llegar me recibieron mis compañeros de una forma muy cálida, la directora me indicó el grado que atendería, sería 5°, así que, de una vez, comencé a realizar planes, decoraciones para mi aula, gafetes, diseñar actividades para las clases. Para mi sorpresa, la primera semana bastó para darme cuenta de que ser maestra implicaba también saber tratar y hacer equipo con los padres de familia, además de ser un elemento de importancia para el aprendizaje de los estudiantes, a su vez llegaron a representar una amenaza para mi trabajo.

Mis compañeros maestros se acercaban conmigo, ellos me daban consejos, algunos me decían que por más que quisiera cambiar la vida de mis alumnos, tenía que ponerme un límite hacia donde me metía, me comentaban que saber situaciones personales de los estudiantes ponía en peligro tanto mi integridad como en el ámbito laboral. En la escuela, el ciclo anterior, una maestra tenía a una alumna, sus calificaciones eran buenas, sin embargo, la niña bajó sus notas, a pesar de contar con las evidencias que sustentaban la evaluación, los padres

decidieron demandar a la profesora a derechos humanos, colocando en riesgo su trabajo. Yo tenía miedo porque esta alumna la tenía conmigo en 5°, así como otros casos que me habían tocado como el de no asistir a apoyar a eventos académicos por no tener el tiempo disponible, el no mandar materiales porque la escuela era gratuita y era deber del gobierno, el no mandar alimentos y tener que solventarlo yo misma y aguantar los gestos al momento de citarlos a la escuela, quedando “yo” maestra como la mala de la historia, sin reconocer todo lo que había atrás.

El trabajo del maestro implica sacrificar tiempo fuera del horario laboral para realizar las planeaciones, materiales y revisión de textos, aunque se piense que a veces hay tiempo de sobra, ni siquiera lo hay para la vida personal. Muchas de estas acciones realizadas no son vistas por las personas que ven el trabajo de un maestro desde afuera o que se dejan guiar por los comentarios a través de redes sociales, como el clásico “quisiera ser maestro, no hacen nada y les pagan”.

Recién egresada traía muchas ideas innovadoras, creo que es lo que más me impulsaba, no obstante, me llevé decepciones, tristezas, llantos y enojos, porque los padres me ponían muchos obstáculos. A mis pocos años frente a grupo he pensado que lo más difícil no han sido los estudiantes sino sus propios padres y el daño que pueden causar a un docente cuando no existe el trabajo en equipo, ¿acaso es sólo tarea del docente educar?, ¿no debería ser una tarea compartida?

Lamentablemente, como varios colegas me han mencionado en estos pocos años, “nunca te le pongas a un padre, al final siempre va a tener la razón, dale lo que necesita, evítate problemas”. Soy de la idea que para mejorar las condiciones que tiene la sociedad actual se debe partir de la educación, la cual más que empezar desde la escuela también debe ser inculcada por sus padres. Hoy en día es triste observar que situaciones de violencia manifestada en nuestros alumnos, falta de hábitos, valores, es debido al tiempo de calidad que no otorgan sus familias, cuando se hacen presentes en el aula y se reflejan en su desarrollo académico, algunos padres se sienten ofendidos incluso molestos dicen “usted no va a venirme a decir cómo hacer mi trabajo”.

Una ocasión, siendo mi segundo año de servicio en un 5° grado, en una junta con padres se realizaba la rendición de cuentas, donde se habló sobre los aspectos evaluados y se explicó que había algunos alumnos que a pesar de estar continuamente indicando “te faltan trabajos”, “necesito hablar con tus papás” y no asistían, se tuvieron que aprobar con la mínima (6), por indicaciones de nuestras autoridades no se podía reprobar, aun así se explicó a los padres que la calificación mínima era similar a haber reprobado.

En ese tiempo una madre joven, de unos 26 años aproximadamente, se acerca y me dice que su niño salió muy bajo, que sí contaba con sus trabajos, a lo que mencioné que personalmente revisé cuadernos y el niño no los tenía completos, además, que en su examen no había salido tan bien, un poco molesta se retiró la señora, en la hora del recreo regresa a hablar conmigo, no sin antes haberme ido a traer y acusar con sus padres (abuelos maternos del niño), yo me encontraba molesta y en shock porque los abuelos que igualmente eran personas jóvenes de 40 a 50 años, se acercaron de forma intimidante y amenazante, a alzarme la voz y decirme “quien se cree usted para haber reprobado al niño, ni califica tareas”. Nunca me había enfrentado a una situación así, recuerdo el miedo, y lo temblorosa que me sentía, para mi mala suerte no estaba el director, aunque se explicaron las razones, no estaban muy conformes, se terminó levantando un acta con acuerdos y compromisos. Al final del día me sentí cansada y me puse a llorar, sentía que me harían algún tipo de daño.

Como esta experiencia, he vivido otras semejantes o más intensas, ser maestro no es fácil, he aprendido a ser muy tolerante, paciente, también comprender las diversas formas de pensar de las personas, pero ¿quién comprende lo que pensamos y sentimos los maestros?, ¿qué si tengo miedo? Claro que lo tengo, siendo sincera hay días que me pregunto ¿cómo he logrado llegar hasta aquí?, porque cada año lo siento más difícil, he querido dejar esto por todo lo que como maestra he atravesado, escuchado y visto; docentes encarcelados por situaciones que se han agravado, compañeros colegas que por ajuste de cuentas los han encontrado muertos o desaparecidos, compañeros

que han sido difamados en redes sociales y que han perjudicado su desempeño o separados de su cargo. ¿Es esto que como maestros deberíamos seguir tolerando en las escuelas?

Sé que también hay padres muy atentos y dispuestos a entregar lo mejor de sí para la educación de sus hijos, a trabajar en conjunto, comunicarse con respeto, arreglar las diferencias de forma pacífica. Ser maestra ha sido una travesía de sentimientos y emociones, ahora pocos son los que quieren estudiar, dedicarse o mantenerse en la docencia por la demandas y exigencias que la sociedad pide a las escuelas y personal, todavía tengo la esperanza que en un futuro el maestro pueda ser reconocido y valorado por su trabajo en el aula, pero también que la tarea de educar sea totalmente compartida no sólo adjudicar la responsabilidad a la escuela.